M&A InC.

Massot / Monteverde & Asoc. 14/6/11 - Año VIII, número 401 inc@ar.inter.net

*El análisis político y económico de los doctores Vicente Massot y Agustín Monteverde*

# Las consecuencias del caso Schoklender

En el arte de jugar a las escondidas con la ciudadanía respecto de su candidatura, Cristina Fernández ha demostrado hasta el momento ser mucho más hermética que su difunto marido. El santacruceño, durante las postrimerías del año 2006 y principios de 2007, tuvo al país en vilo. Con mucho de ingenio y algo de malicia, echo a correr lo de "pingüino o *pingüina*" para finalmente hacer público —meses antes de la fecha límite— que sería su mujer y no él quien encabezaría la boleta electoral del Frente para la Victoria. En circunstancias no muy distintas de aquellas, la viuda de Kirchner ha querido extender el misterio de modo tal que a nadie debería extrañarle un anuncio transparentado sobre la hora, el próximo sábado 24. Por las razones que fuese, la presidente —a la cual tanto le gusta hablar— ahora se ha enfrascado en un mutismo sorprendente que tanto puede resultar parte de su estrategia como ser producto de las dudas que la aquejan.

Contexto semejante dio lugar, el jueves y viernes de la última semana, a una catarata de rumores, prolijamente reflejados y comentados por los principales matutinos de Capital Federal —Clarín y La Nación— acerca de la renuncia a una candidatura que todos sus seguidores, sin distinción de ideas e intereses, le piden que acepte de una vez.

A esta altura se ha convertido en un verdadero clásico especular sobre la cuestión y aportar al debate novedosos dimes y diretes o, si se prefiere, chismes —los más de ellos nacidos de la imaginación popular— para avalar la tesis de la continuidad o del retiro. Como quiera que sea, falta poco a los efectos de conocer la decisión de la señora, y si acaso —contra la lógica— le

dejase expedito el camino a Daniel Scioli, ya habrá tiempo de asimilar el anuncio y de analizar el fenomenal cambio que se produciría en punto a la relación de fuerzas y al sistema político de alianzas de la Argentina.

Quienes en este caso reflotaron la especie según la cual la candidata natural preferiría dar un paso al costado, trajeron a comento, a fin de darle crédito, el efecto que había tenido sobre su ánimo el escándalo estallado en torno de Sergio Schoklender, Hebe de Bonafini y la Fundación Madres de Plaza de Mayo. De atenernos a cuanto se conoce, está claro que hubo una orden terminante de la Casa Rosada a sus ministros de cerrar filas junto a la defensora de la organización antes nombrada, sin importar las consecuencias. Al mismo tiempo, también quedó fuera de duda la voluntad de soltarle la mano al cerebro y ejecutor de los manejos financieros hoy conocidos. Por eso la mismísima Bonafini, que en un principio nada había dicho contra su ex–protegido, pasó —de la noche a la mañana— a tratarlo de delincuente y querellarlo.

Si la presidente hubiera ignorado todo acerca de Schoklender y *las Madres* famosas, sería posible imaginar una decepción tal de su parte que la moviera a decir: hasta aquí llegué. Pero lo contrario es cierto. Los tejes y manejes financieros de esa fundación eran bien conocidos en un gobierno que se ha cansado de extenderle fondos a libro cerrado, no sin gestionarle contactos y acercarle *socios*. Cristina Fernández y Julio De Vido podrían alegar ignorancia en otros asuntos públicos —y sería difícil creerles— pero nunca en éste.

La corrupción de Hebe de Bonafini y de los hermanos Schoklender es tributaria de la matriz forjada por Néstor Kirchner con la obvia complicidad de su mujer y los ministros y secretarios de Estado que han manejado con tanta discrecionalidad los fondos públicos desde mayo de 2003. En todo caso la presidente podría —eso sí— temer las repercusiones de un entuerto cuya envergadura es tal que ha conmocionado, por primera vez, a las tribus progresistas que le son adictas. Las críticas que hacen blanco en la otrora intocable Bonafini, provenientes de Luis D`Elía, Pérez Esquivel y Estela de Carlotto, resultan más elocuentes que cualquier comentario.

Ahora bien, en atención a la falta de instituciones vigente entre nosotros y, por lógica consecuencia, a la estricta subordinación de la justicia federal al poderoso de turno —esto es, al gobierno presidido por Cristina Fernández— pensar siquiera que Norberto Oyarbide se esforzará para llegar al fondo del tema en la causa recientemente abierta, sería como creer en la buena fe de

un estafador profesional. Si fuera pertinente tomar apuestas, podríamos jugar triple contra sencillo que si Sergio Schoklender va preso, saldrá libre antes de un año; que ningún secretario o ministro será molestado por los jueces y, lo más importante, que antes de las elecciones internas de agosto el tema habrá salido de las primeras páginas de los diarios y pocos se acordarán del mismo.

En la Argentina nos hemos acostumbrado a la decadencia. Rige, en estas playas, la ley de hierro de la corrupción argentina, a saber: que un escándalo público es siempre seguido de otro que obra el efecto de hacerlo desaparecer al primero de la consideración popular. ¿Quién se acuerda del contrato de IBM con el Banco Nación? ¿Quién podría decir qué paso en el caso Skanska? Ni hablar de los créditos extendidos en tiempos de Carlos Menem a las curtiembres de su cuñado Emir Yoma, o los del Banco Provincia al empresario Gualtieri, o de la Banelco durante la presidencia de Fernando De la Rúa.

Hay analistas que insisten en considerar el peso que los manejos de la Fundación Madres de Plaza de Mayo van a tener sobre la intención de voto de amplios sectores de las clases medias urbanas. Si los comicios de octubre fueran a substanciarse dentro de las próximas dos o tres semanas, no cabrían dudas. Pero como nos separan más de cuatro meses para que se abran las urnas, es difícil adelantar un juicio al respecto.

¿Por qué? Básicamente porque muchas veces la forma de votar contradice el sentido común. Veamos. Desde hace aproximadamente diez años, en todos los relevamientos conocidos acerca de las preocupaciones que más nos aquejan, los argentinos contestan lo mismo: la inseguridad. Preguntados si consideran que debe castigarse con rigor a los delincuentes, responden que sí. No obstante, votan en sentido inverso a cuanto opinan en las encuestas.

Otro ejemplo: cualquiera percibe —hasta Hugo Moyano se anima ahora a vocearlo— que la inflación es un flagelo, que es mucho más alta que la estimada por el INDEC y que, fuera de dudas, castiga sobre todo a los pobres. Sin embargo, el núcleo duro del voto kirchnerista se halla concentrado —cierto que no exclusivamente— en los sectores más carenciados.

Si la criminalidad y la inflación, cuando menos hasta el momento, no le han hecho mella en gran escala al gobierno kirchnerista —el gran responsable de cuanto sucede en el área de seguridad y en materia económica—, no se entiende por qué darle tanta importancia a la corrupción. Nadie le hizo caso en la década del ’90 al tema en razón de que la convertibilidad

tapaba todo lo demás. Otro tanto cabría decir de lo que ha pasado desde 2003 a la fecha. Ninguna administración ha llevado la corrupción a topes como los actuales y de manera tan desfachatada. Paralelamente, nunca ha habido un clamor contra el kirchnerismo al respecto.

Al margen de cómo evolucionen los acontecimientos de aquí a octubre, la suerte de los contendientes tendrá menos que ver con los manejos espurios de un parricida, las Madres de Plaza de Mayo y el gobierno que con los imponderables que puedan cruzarse en el camino. Hasta la semana próxima.

Secciones del Informe completo

- *Crónicas políticas*
- La dolarización de portafolios hace milagros
  *En vez de cobrar, pagan*
- Reducen subsidios al transporte
  *La necesidad tiene cara de hereje*
- Gas: más importación, menos información
  *Una política energética ruinosa*
- Mercado inmobiliario - abril
  *Los nuevos datos concuerdan con nuestros últimos análisis*
- La pobreza real es tres veces más grande que la oficial
  *Para el INDEC, quienes viven de planes sociales no son pobres*